

FINALISTA ESTATAL



SIN TÍTULO

Javier Díez Fortea

Colegio La Salle-San José (Teruel)

Hacía ya tiempo que Carlos conocía a Positividad Raudales, “Posi”, como él la llamaba. La alegría corría por las venas de Posi disfrazada de sangre, y sus expresivos ojos miel consolaban a Carlos. En los momentos difíciles la imaginación de Carlos “chateaba” con positividadr@imaginando.com

Aquel año el otoño llegó pronto, Carlos lo recordaba por el viento que arrancaba casi furioso las hojas muertas de los árboles. Pero aquello fue solo un anuncio del crudo invierno que le seguiría.

Carlos era un chaval que estaba llegando a esa edad difícil, a caballo entre la infancia y el mundo de los adultos, a veces ni él mismo conseguía entenderse, no le gustaba ser tratado como un chiquillo, pero en otras ocasiones añoraba esos momentos en los que un abrazo le devolvía la confianza o alejaba sus miedos, ahora todo parecía más difícil, más complicado, para él ya nada estaba tan claro como antes, y se sentía inseguro.

Hacía ya meses que algunas cosas habían cambiado en casa, ahora, su madre parecía tener una gran afición por la cocina y todos los días comían platos muy elaborados, e incluso uno distinto para cada miembro de la familia. A veces sus hermanos pequeños protestaban porque decían que no querían comer cosas tan raras. Su padre parecía haberse vuelto más deportista, ya nunca vestía traje y corbata, casi siempre iba en chándal y por fin había dejado de fumar.

Para disgusto de Carlos, la familia había cambiado de coche, el BMW había sido sustituido por una furgoneta, más “polivalente”, le dijeron tratando de convencerlo.

Además aquel curso cambiarían de colegio, Carlos que empezaba la E.S.O iría al instituto y sus hermanos pequeños a un colegio más cerca de casa. Se acabaron, sin más explicaciones, la pintura, la hípica, ese invierno no habría extra-escolares para ninguno.

Pero lo peor era la tristeza, era como si un pesado manto gris les hubiera cubierto, los colores casi habían desaparecido y Carlos creía poder oler la preocupación que les impregnaba. Sus padres sonreían poco y suspiraban mucho, como si les faltara el aire,

escuchaban taciturnos las noticias y a veces la preocupación asomaba a sus ojos cuando abrían correspondencia.

Uno de los nuevos hábitos de su padre era salir cada noche, después de cenar a “dar un paseo y relajarme” decía, su madre asentía, le apoyaba la mano en el hombro como para infundirle valor, arrancaba la furgoneta, y Carlos nunca le oía regresar.

Carlos se revelaba no le gustaba lo que estaba pasando y sobre todo, no lo entendía, a pesar de sus preguntas, nadie le explicaba nada, “tú no te preocupes le decían sus padres”, pero él sí que se preocupaba. Poco a poco, se iba contagiando de la tristeza y hasta había comenzado a suspirar. Pero ahí estaba ella, Posi, transmitiéndole su arte, la positividad, luchar para seguir adelante, valorar lo que tienes y apoyarle.

Un día harto de que sus padres le ocultaran la verdad, decidió que averiguaría lo que estaba pasando, al fin y al cabo, siempre le habían gustado las novelas de detectives. Solo tuvo que estar más atento, escuchar a hurtadillas las conversaciones en susurros de sus padres, figonear alguna carta olvidada sobre la mesa del despacho de su padre y atar cabos.

Carlos era un chico listo y no le resultó difícil, supo entonces que la empresa de su padre había quebrado, no podían hacer frente a la hipoteca de la casa en aquella urbanización, ni pagar la matrícula del colegio elitista al que iban, las deudas eran insalvables y la situación desesperanzadora.

Comprendió entonces la seriedad de los gestos de sus padres, pero se le escapaba algo, las salidas cada noche de sus padres después de cenar, así que no lo dudó, se escabulló de su habitación y se escondió oculto bajo una manta. Tras un trayecto no demasiado largo, el motor se paró y protegido por la oscuridad, Carlos se asomó a la ventanilla y contempló la realidad. Su padre hacía cola, como muchos otros, en frente de la puerta de atrás de un hotel de lujo, ahí les repartían a las familias necesitadas las raciones de comida que habían sobrado del afamado restaurante. Carlos no lo dudó, bajó del coche, se puso al lado de su padre, y le ayudó recoger los envases con la comida.

- No te preocupes, papá, a partir de ahora todo va a mejorar. Se veía a sí mismo repitiendo las palabras que Posi le enviaba a su correo imaginario.
- Claro que sí, Carlos, tenemos que luchar por salir adelante. Su padre solo pudo abrazarle mientras una lágrima se deslizaba por el rostro apenado.

Aquella noche Carlos, se hizo mayor, pero siempre guardaría un recuerdo de Posi: Positividad Raudales.